

## Manifiesto 25N | Contarlo para vivir

¿Cómo se dice 25 noviembre sin tener ganas de gritar?

¿Cómo se pronuncia el nombre de las mujeres que ya no están?

¿Cómo se escribe el futuro cuando sientes que te pueden matar?

¿Cómo se recupera una vida? ¿Cómo?

¿Cómo se deshace el miedo?

¿Cómo se explica un dolor que no se puede nombrar?

¿Alguna vez se hacen estas preguntas? Hoy es un buen día para hacerlo. Y mañana también. Y pasado, y el lunes, y cada uno de los días que vengan porque nos hace falta un calendario completo para recordar que el Día de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres no se acaba nunca y no se puede limitar.

El 25 de noviembre no basta. Y para los que tienen dudas: el 25N no sobra.

Vivir es algo que las mujeres no dan por hecho, aunque estén vivas. Para millones de mujeres, y alguna vez para casi todas, vivir es un verbo cerrado y asfixiante, como un puño en la boca. Para un número indecible e indecente de mujeres no hay lugar más terrible que la propia casa. ¿Se imaginan lo que es eso?

Por un momento, pongamos el corazón donde va. No hay discurso más efectivo que sentir.

Ser mujer te coloca en el abismo alguna vez. Sí, todavía pasa. La violencia de género existe, es real. Es la manifestación más escandalosa de un sistema basado en la desigualdad, y la negación de esa violencia machista, tan de moda en algunos sectores, es una forma de violencia más; una violencia que se extiende, también, con nuestra indiferencia. Mirar para otro lado es una manera de consentir. Una sociedad que aparta la mirada ante la violencia que sufren las niñas y las mujeres en todas partes, todos los días y de todas las maneras, es una sociedad que justifica el maltrato, lo permite y lo alienta. Por eso estamos aquí: la violencia de género no es un asunto familiar, es un problema social. Y lo social, nos implica a todos. Nos guste o no, este mundo lo hacemos nosotros. Y nos refleja, nos dice quiénes somos y en qué lugar de la historia nos estamos colocando.

Los gestos importan. Las políticas que votamos nos retratan. En este caso, cuestionarnos es un deber que no se puede aplazar porque, por más veces que se diga y por más campañas que se hagan, las mujeres siguen siendo golpeadas, denigradas, insultadas, violadas, acosadas, asesinadas, vendidas con fines de explotación sexual, mutiladas, casadas a la fuerza, usadas como recipientes, tratadas como carne, como objeto, como esclavas, como agujeros.

Por más que sepamos que es inhumano, ilícito e inmoral, muchas, muchísimas mujeres, viven escondidas, cobran menos que los hombres, soportan amenazas en

secreto, aguantan el sobrevivir, se callan para evitar el señalamiento, las miradas desconfiadas o el 'algo habrá hecho'. No denuncian por si les quitan a los hijos, por si no pueden darles de comer, por si no los vuelven a ver. No denuncian por vergüenza, porque no tienen papeles, porque se sienten solas, por si no sirve, por si no las creen. Por si no las creen. ¿En qué lugar nos deja eso? ¿Qué tipo de personas hemos acabado siendo? Muchísimas mujeres son tratadas como locas, condenadas a los márgenes, medicadas en exceso, arrasadas por el estrés, por la pobreza, por la violencia crónica; por el exceso de injusticia, de abandono, de barbarie y de miedo.

Este año han sido asesinadas por su parejas o exparejas 51 mujeres (22 de ellas no habían puesto denuncia). A estas alturas ya se han producido más feminicidios que en 2022. Desde 2003, 1.236 mujeres ya no están para contarlos. Durante el mes de septiembre Canarias fue la segunda comunidad con la tasa más alta de llamadas al 016. La segunda. Esto decir, aquí demasiadas mujeres viven en el infierno.

Podría dar más datos, por suerte ya hay estadísticas que nombran la realidad, pero los números y la vida no siempre se ponen de acuerdo. Hay violencias que no se registran en ninguna parte y que dejan marcas que no se ven, pero tampoco se quitan. Violencias de las que venimos, violencias tan integradas que ni siquiera se identifican: un grito, un empujón, un jalón de pelo, que tu pareja te quite el dinero, que te hable mal, que te diga que no sirves, que te desautorice, que te infantilice, que te obligue a tener sexo; que tengas que callarte aunque te arda el universo, o vivir a medias y sin alegría porque tu alegría molesta y tú no viniste para eso.

Se me ocurren más ejemplos. Seguramente las mujeres me están entendiendo. También estamos aquí por eso: para que un día otras mujeres no sepan de que estoy hablando, para que tampoco lo sepan los hombres. Para que nadie vuelva a tener una madre que sí sabe perfectamente de que va esto.

La humanidad entera tiene una deuda con las mujeres. La vida se ha hecho a nuestra costa. Le debemos cada conquista a las que estuvieron antes y dijeron basta, a las que salieron a la calle y juntaron las voces para romper el silencio por todas, y abrir una grieta en un sistema que no nos consideraba personas.

Gracias a ellas, hoy es mejor que ayer. Pero la tendencia es espantosa, las tasas de violencia entre parejas jóvenes, por ejemplo, se han disparado. Está claro que falla algo. Necesitamos referentes nuevos, otra educación, otro modelo afectivo-sexual, un corazón que lata, una conciencia que funcione, y una nueva humanidad.

Este 25 de noviembre, como todos, es nuestra oportunidad de ser mejores y de hacerlo mejor. Las transformaciones son posibles. Que una mujer esté hoy aquí ejerciendo su derecho a decir es la prueba más evidente de que luchar sí sirve. Contra todo pronóstico, y a pesar de la violencia, las mujeres cambiamos el mundo. Lo hacemos cada vez que nos nombramos y cada vez que lo contamos. Tomar la palabra es la primera revolución. Y la revolución, en este momento, es un deber.

El mundo nos pertenece, como nos pertenece el gozo y el amor. Tomemos este 25 de noviembre para reconocernos y reconocer que, a pesar de todo, otra forma de vida es posible. Y sigamos sembrando contándolo.